

Corazón del sacerdote, Corazón del Buen Pastor

Meditaciones sobre el sacerdocio

didaskalos

107

JEAN LAFFITTE



Prefacio de
JOSÉ GRANADOS

JEAN LAFFITTE

CORAZÓN DEL SACERDOTE, CORAZÓN DEL BUEN PASTOR

*Meditaciones
sobre el sacerdocio*



Ilustración de portada: "La duda de santo Tomás", siglo XV, catedral de Ávila.

Primera edición: febrero 2026

© Autor: Jean Laffitte

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-6389-2026

ISBN: 978-84-19431-68-4

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

*A los seminaristas del
Holy Rosary Major Seminary,
de la diócesis de Nueva Cáceres, en Naga City,
Filipinas, y a todos los que se preparan para
ser pastores según el Corazón de Cristo.*

Al Padre William Santiago.

Índice

	<i>Págs.</i>
PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN GENERAL	15
I. CAMBIAD VUESTROS CORAZONES; EL CORAZÓN DEL HOMBRE Y LA LLAMADA A SU TRANSFORMA- CIÓN.....	23
II. EL CORAZÓN DE JESÚS: LA SAGRADA ESCRI- TURA	33
III. EL DRAMA DEL PECADO	43
IV. LAS INSONDABLES RIQUEZAS DEL CORAZÓN DE JESÚS.....	53
V. SACERDOTES SEGÚN SU CORAZÓN (I): «OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN» (JER 3,15)....	63
VI. SACERDOTES SEGÚN SU CORAZÓN (II): «EL SA- CERDOCIO ES EL AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS».	73

8 CORAZÓN DEL SACERDOTE Y BUEN PASTOR

	<u>Págs.</u>
VII. EL HOMBRE DE LA EUCARISTÍA Y DEL PERDÓN DE DIOS	83
El corazón eucarístico del sacerdote	83
El corazón misericordioso del sacerdote	88
VIII. EL SACERDOTE Y LA IGLESIA	95
CONCLUSIÓN GENERAL	105

Prefacio

Es una alegría presentar estas meditaciones de monseñor Jean Laffitte. A Jean Laffitte me une una amistad que data de 1996, cuando predicó los ejercicios espirituales en Villaescusa de Haro a nuestra comunidad de Discípulos. Luego esa amistad se ha cultivado e intensificado en nuestro trabajo común en el Pontificio Instituto Juan Pablo II en Roma durante largos y fecundos años. Compartíamos allí la pasión por enseñar el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia.

Estas meditaciones conservan la forma oral en que fueron pronunciadas, de modo que no pierdan su inmediatez. La ocasión concreta fue una invitación

que Jean Laffitte recibió del *Holy Rosary Major Seminary*, de la diócesis de Nueva Cáceres en Naga City (Filipinas). La invitación llegó de manos del Padre William Santiago, amigo común, que dirige la pastoral familiar de la diócesis y es además vicerector del seminario.

Las meditaciones se dirigen, por tanto, a seminaristas y, por extensión, a los sacerdotes. Como tema escogió Jean Laffitte algo muy querido para él: ver el sacerdocio a la luz del Corazón de Cristo. El texto brota así de una experiencia honda, pues al principio de su ministerio el autor ejerció como director de los capellanes del santuario de Paray-le-Monial, lugar de las apariciones del Sagrado Corazón a santa Margarita María.

Late en estas páginas, por tanto, la invitación del Corazón de Cristo a contemplar este Corazón que tanto ha amado a los hombres, para que de esta contemplación surja y se acreciente en nosotros el amor a Él. Esta revelación del Corazón de Cristo la lee el autor desde su fuente bíblica, tomando como clave la apertura del costado de Jesús en la Cruz, que nos narra san Juan. Por eso estas meditaciones reservan un lugar singular al cuarto evangelio.

El lector encontrará aquí un itinerario sencillo y profundo, que recoge lo esencial de la devoción al Corazón del Señor. En el centro del libro está Jesús y está el amor de Jesús, en sus palabras y obras. Desde este amor, Jean Laffitte nos invita a contemplar nuestros pecados, siempre con la paz que nos da sabernos de antemano perdonados por el Corazón de Cristo. Y desde este amor se ilumina la misión del sacerdote, llamado a celebrar la Eucaristía y a administrar el sacramento de la Reconciliación.

Recojo dos ideas que resaltan singularmente. Por un lado, el contexto trinitario en que se presenta la devoción al Corazón de Cristo: la bondad de ese Corazón revela la bondad del Padre. Es esencial entender que Jesús nos lleva al Dios bueno; si es bueno Jesús por entregar su vida por nosotros, es bueno el Padre por entregarnos a su Hijo. La mirada al Corazón de Jesús se combina así con la mirada al Padre, de modo que no solo nos ofrecemos al Corazón de Cristo sino que, en el Corazón de Cristo, nos ofrecemos al Padre.

Vemos también en este texto un gran amor a la Iglesia, testimoniado por quien la ha servido fiel y largamente. Este servicio lo realizó el autor prime-

ro en el Pontificio Instituto Juan Pablo II —del que fue vicepresidente—, en el Pontificio Consejo para la Familia —fue el Secretario del dicasterio de 2009 a 2016— y en la Pontificia Academia para la Vida como vicepresidente, así como en su misión como Prelado de la Orden de Malta. Se percibe en estas páginas el amor a la Iglesia como Madre, no solo en su forma ideal, sino en su concreto camino histórico, Iglesia santa y siempre necesitada de reforma.

Como decía, las meditaciones se dirigen a seminaristas y sacerdotes, invitándoles a conformar su corazón con el Corazón del Buen Pastor. Pero son accesibles a todos los fieles, pues proponen un camino de configuración al Corazón de Jesús, de conversión y de santidad cristiana. Y también porque el sacerdocio no es solo un don para los sacerdotes sino, como señala el autor, para que todo fiel pueda ejercer el sacerdocio bautismal en la propia vida, ofreciéndola con Cristo al Padre. Así lo señalaba el cura de Ars, en palabras que el autor comenta largamente: «El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús».

No me queda sino agradecer al autor que haya confiado su texto a la editorial Didáskalos y desear que estas meditaciones ayuden a redescubrir la

devoción al Corazón de Cristo, especialmente entre seminaristas y sacerdotes. Pongo el fruto en manos de María, que en estas meditaciones aparece tan estrechamente unida al Corazón de su Hijo que ambos forman un único corazón.

P. JOSÉ GRANADOS GARCÍA, dcjm
Roma, 11 de febrero de 2026,
en la memoria de Nuestra Señora de Lourdes

Introducción general

El tema que he elegido para este retiro podría titularse: *En la escuela del Corazón de Cristo. Convertirse en sacerdote según el Corazón de Dios*. ¿Por qué este tema?

En un retiro, todos estamos llamados a hacer una revisión de nuestra vida para, con la ayuda de Dios, recuperar el aliento y volver a marchar con Él.

¿Qué significa hacer un examen de conciencia? Recordar la presencia del Señor en nuestras vidas (memoria); meditar y escrutar lo que constituye nuestra existencia concreta: lo que hacemos, nuestras acciones, buenas y malas, lo que queremos (nuestros

deseos), lo que sentimos y experimentamos (sentimientos y emociones).

Pero no se trata solo de una introspección, como se haría en la consulta de un psicólogo; es un examen que hacemos bajo la mirada de Dios y con su ayuda. La ayuda de Dios es muy concreta: su Palabra, que escuchamos cada día; su Gracia, que recibimos en los sacramentos; la vida en la comunidad donde vivimos, con los momentos litúrgicos y todos los actos de caridad fraterna.

¿En qué consiste esta revisión y cuál es su centro?

—No es un simple análisis intelectual.

—Se refiere a nuestra interioridad, que es lo que la tradición espiritual, pero también la humana y filosófica, expresa con un término sencillo, pero muy rico en contenido: el corazón.

—Por último, esta revisión se realiza en unión con Dios, con el Señor Jesús.

Pero, antes de continuar, querría explicar brevemente algunos significados de la palabra «corazón» en la tradición bíblica y antropológica. Digo ahora «brevemente» porque tendremos ocasión de profun-

dizar más especialmente en tal o cual aspecto a lo largo de este libro en las diversas meditaciones:

—El corazón es el centro de la vida psíquica: emociones, afectos, sentimientos, pasiones; la alegría, el amor, el celo por Dios, los sentimientos positivos, pero también los sentimientos negativos que pueden perturbar el corazón: el miedo, el terror, el resentimiento, los celos.

—El corazón es la sede de la memoria. También en este caso, los recuerdos pueden ser buenos; existe una memoria de todos los bienes que hemos recibido, y en particular la memoria de las acciones de Dios en nuestra vida que suscitan nuestra acción de gracias: “el Señor ha hecho maravillas por mí, santo es su nombre” (Lc 1,49). Pero también hay malos recuerdos que pueden obstaculizar la esperanza, el perdón y la alabanza a Dios: «si recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda y ve primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5,23-24).

—El corazón es la sede de la vida moral; en él nacen los pensamientos buenos y los pensamientos malos. Se habla de la *pureza de corazón*, de *los corazones rectos* o incluso de *los sabios de corazón*. Es el lugar de

las decisiones, las resoluciones, los proyectos. Quien elige el bien se vuelve bueno y sabio de corazón.

—El corazón es el centro de la vida espiritual. Un corazón contrito, penitente y humilde se opone al corazón duro propio de quien rechaza a Dios: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Is 29,13); «La llevaré al desierto y hablaré a su corazón» (Os 2,16).

Todos estos significados ya se encuentran en el Antiguo Testamento, en los Salmos, en los Profetas y en los Libros sapienciales (Sabiduría, Proverbios). Evidentemente, se recogen en el Nuevo Testamento, que añade nuevos significados que son decisivos para nosotros como bautizados, y más aún como sacerdotes o futuros sacerdotes.

—El corazón se convierte en el lugar de la decisión a favor o en contra de Cristo: «El que cree en su corazón que Cristo ha resucitado de entre los muertos, será salvo» (Rom 10,9).

—El corazón es el lugar de la memoria de todos los acontecimientos de la salvación obrada por Jesús: su vida, su ministerio público, su Pasión, su muerte, su resurrección y la efusión de su Espíritu Santo:

«María meditaba todos estos acontecimientos en su corazón» (Lc 2,19).

—Es el lugar del acto de fe en la persona de Jesucristo y, por tanto, del conocimiento de Dios. Según san Pablo, solo Dios puede «escrutar las profundidades del corazón del hombre» (Rom 8,27). «Todas las Iglesias sabrán que soy yo quien escudriña los riñones y los corazones» (Ap 2,23).

—El corazón es el centro de la interioridad: *el corazón es la casa de Dios*, decía san Agustín. En el corazón del justo, la Ley de Dios es respetada y honrada. El corazón del justo se adhiere a Dios y a sus instrucciones.

Tras este breve recordatorio, me gustaría insistir en que el corazón define la totalidad de la persona que piensa, siente, sufre, ama y actúa, y que lo expresa de la mejor y más completa manera posible.

Recordemos también que el corazón no miente, mientras que la inteligencia puede crear ilusiones, puede equivocarse, seguir errores. Es entonces cuando puede desviar un corazón hacia caminos perdidos y bienes parciales o aparentes, haciéndonos olvidar el objetivo de nuestro camino con el Señor.

Los sentimientos que afectan a nuestro corazón, nuestra sensibilidad, nuestra afectividad son un dato muy real que hay que tener el valor de afrontar. Los sentimientos solo engañan cuando se malinterpretan, ya sea ignorándolos, dándoles una importancia desmesurada o un sentido que no tienen.

Recordemos también y sobre todo que nuestro corazón es la sede de nuestra libertad y de la decisión por el bien (conciencia moral), por Dios, por Cristo Señor y por el prójimo.

La pregunta es sencilla: al comienzo de este retiro, ¿cuál es mi deseo? ¿Qué es lo que quiero? Y este deseo que se encuentra en lo más profundo de mi ser, ¿cómo puedo transformarlo en una decisión? A esta pregunta fundamental se suma otra relacionada con la primera: ¿Qué quiere Dios? ¿Qué desea para mí? ¿Qué espera de mí?

La respuesta a esta doble pregunta será el fruto de este retiro.

Pero comprendamos ya que solo la Gracia de Dios nos dará la fuerza y la capacidad para responderla. En la medida y de la forma que Dios quiera: visible o invisible, sensible o insensible, repentina o progresiva.

Pongámonos, pues, en las mejores condiciones para que Dios actúe: mediante un acto de fe expresado con humildad; mediante nuestra oración; mediante el silencio interior que nos hará disponibles para escuchar las inspiraciones de su Espíritu Santo. Dejemos que Dios actúe en nuestros corazones desde ahora mismo. Recemos juntos la oración de san Buenaventura para pedir los siete dones del Espíritu Santo:

Señor Jesús, así como el Espíritu de Dios descendió y permaneció sobre ti, que ese mismo Espíritu descienda sobre nosotros, ofreciéndonos sus siete dones. Primero, danos el don de la inteligencia, por el cual tus preceptos iluminan nuestras mentes. Segundo, concédenos el don del consejo, por el cual podamos seguirte por el camino de la justicia. Tercero, danos la fortaleza que nos haga capaces de defendernos de los ataques del Enemigo. Cuarto, concédenos el don del conocimiento, que nos permita distinguir el bien del mal. Quinto, concédenos el don de la piedad, que nos llene el corazón de compasión. Sexto, concédenos el temor de Dios, que nos aleje del mal y nos someta al bien. Séptimo, concédenos el don de la sabiduría, que nos haga saborear plenamente la dulzura vivificante de tu amor. Amén.

“El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús”. ¿En qué consiste la unidad entre sacerdocio y corazón de Cristo que señala esta frase del santo Cura de Ars? En torno a tal unidad giran estas meditaciones de monseñor Jean Laffitte, a la par sencillas y hondas.

Trazan un camino de ejercicios espirituales para reencontrar el don recibido por los sacerdotes y el horizonte de promesas que este don abre.

¿Quién es el sacerdote cuando se mira a sí mismo desde la bondad que el Padre nos ha mostrado al regalarnos a su Hijo? ¿Cómo ilumina su misión sacerdotal el agua y sangre que brotan del costado de Cristo? ¿De qué modo la entrega de Jesús impulsa la entrega del sacerdote a la Iglesia? Meditar sobre estas cuestiones no es solo decisivo para seminaristas y sacerdotes, sino también para el resto de los fieles. Pues el sacerdote se pone al servicio de ellos para que puedan ofrecer sus vidas al Padre, uniéndose a la ofrenda del Corazón de Jesús.